

Dr. Juan Marín

Los fundamentos filosóficos de la medicina hipocrática



DIGAMOS desde luego que, a juicio nuestro, la aparición de Hipócrates y su cuerpo de doctrinas en la Medicina griega, corresponde a una evidente etapa de síntesis dialéctica. El empirismo antiguo y la Medicina de los gimnasios representarían la tesis en esta ecuación. El animismo teúrgico cargado de astrología babilónica y de hermetismo egipcio podrían ser considerados como la antítesis. El hipocratismo encarnaría la síntesis al reunir dentro de su haz de postulados todo lo mejor de la Medicina empírica y el zumo de las escuelas iniciáticas y de los esquemas filosóficos.

De la antigua medicina «minoica» no se conoce casi nada, aun cuando puede suponerse su enorme grado de adelanto, al estudiar la arquitectura de Palacios como el de Cnossos, cuyas disposiciones higiénicas y sanitarias superan todo lo que la humanidad ha construído después, hasta llegar al siglo XX.

La Medicina griega anterior a Hipócrates puede ser identificada con la llamada «Medicina Homérica», es decir la correspondiente a la *Ilíada* y la *Odisea* (900-800 A. C.). Gracias a ella sabemos hoy los progresos innegables que había alcanzado la Cirugía de Guerra: los héroes de la Guerra de Troya, entre los cuales se mencionan Podaliro y Machaon, dos hijos de Esculapio, son todos expertos en el arte de extraer trozos de lanza o

puntas de flecha del cuerpo de los heridos y en vendar y entablillar fracturas y dislocaciones.

Pero esta Medicina es netamente popular y empírica; no tenía un sentido unitario ni una base filosófica. En ella se entremezclaban, sin llegar a una síntesis armónica, el empirismo y la magia. Homero habla de exorcismos y encantamientos y el «nepente» de Egipto y las figurillas de cera, como en la historia de Medea y de Neso, rubrican la influencia mágica innegable, a pesar de lo afirmado por Platón. Afirma el historiador Von Aster (1) que la filosofía griega recibió sus más poderosos impulsos de dos importantes raíces orientales: la geometría egipcia y la astronomía babilónica. En consecuencia, la Medicina, que a su vez recibió la influencia de la filosofía, no pudo quedar ajena a aquellas dos fuertes corrientes nutricias.

Hipócrates aspiró a encarnar el ideal socrático según el cual el médico debe ser de verdad el filósofo. El «conócete a tí mismo» y la pasión por la verdad que fueron las normas de la ética de Sócrates, los encontramos en los cimientos del edificio hipocrático.

Este sabio, llamado con justicia el «Padre de la Medicina» fué discípulo de Gorgias, quien junto con Protágoras, Pródico, Hipios, etc., constituyen el grupo llamado de los «Sofistas». A esta escuela debe Hipócrates un postulado de la mayor importancia: «El hombre es la medida de todas las cosas». De esta afirmación de los filósofos sofistas, se deriva la idea del progreso, el «humanismo» hipocrático. Mientras los dioses se alejaban, insurgía el hombre en la escena del mundo. Se busca ya la observación y el estudio «no de las víctimas de los templos o la posición de las estrellas, sino del enfermo y sus sufrimientos, se razona no ya sobre abstracciones puramente especulativas, sino ciñéndose a los hechos» (2). Esta línea de con-

(1) «Historia de la Filosofía».—Ernest Von Aster.

(2) «Histoire de la Medecine».—A. Castiglioni,

ducta es la misma que vuelve a aflorar en la historia con el advenimiento del Renacimiento. Así como los escultores destacan el cuerpo humano como objeto de suprema belleza y como meta del arte, la escuela hipocrática, considera al hombre y sus padecimientos como objetivo fundamental de toda su acción y, paralelamente a Sócrates que preconizaba no dañar a los hombres, como piedra angular a su Etica, Hipócrates adopta este mismo principio como cimiento del bello y armonioso monumento de su Medicina naturalista.

Esto es en lo que se refiere a las influencias generales que podemos encontrar en la medicina de Hipócrates.

Però si analizamos con mayor detención el asunto, descubrimos que hay cuatro grandes filósofos que influyeron particularmente sobre dicho cuerpo de doctrinas. Ellos son: Pitágoras con su teoría de los números; Demócrito y su concepción atomística del mundo; Empédocles con sus cuatro elementos; y Heráclito con su concepto genial del perenne fluir de las cosas, de la identidad de las oposiciones y las vinculaciones de lo uno con lo múltiple.

Pitágoras (580-490 A. C.), fué el fundador de una secta iniciática en Crotona, una ciudad del sur de Italia. Es el orador de la doctrina de los números, según la cual todas las cosas, aun las más abstractas, son números. Indudablemente, en esta concepción, al lado del elemento matemático había una super-estructura simbólica. El cree que el aire es el principio de las cosas y que la variedad de lo creado se subordina a la lucha entre dos principios: lo Ilimitado y lo Determinado. El número es el Límite o Determinación y representa lo Bueno. Lo Infinito o Indeterminado es lo Malo. El número (arche) es la substancia primordial y originaria y todas las cosas del Universo y sus relaciones, son susceptibles de expresarse en números o en relaciones numéricas. Por este camino llegó este sabio a la estructuración de una ciencia: la Matemática y de un arte: la

Música. De Pitágoras extrajo Hipócrates su teoría de la crisis y de los días críticos.

Empédocles (504-443 A. C.), el hombre de Agrigento, es, fuera de toda duda, el filósofo que más ha influido en la Medicina de todos los tiempos, incluso en la de Hipócrates. Platón y Aristóteles recibieron fuertemente su influencia. La doctrina empedocliana se funda en la existencia de cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, correspondientes a cuatro cualidades: frío, humedad, calor y sequedad. En la sangre estos cuatro elementos se encontrarían armónicamente combinados, pero la preponderancia de uno u otro ocasionaría las enfermedades. La influencia de esta doctrina sobre la concepción humoral de Hipócrates sobre los cuatro temperamentos, surge tan ostensible que no merece comentarios. Empédocles, sobre su esquema mencionado construyó numerosas interpretaciones biológicas, como por ejemplo las referentes a diferencias entre lo masculino y femenino. Según él no existe generación ni muerte sino simplemente mezcla y separación y lo que se mezcla o separa son las cuatro «raíces» de las cosas o sea los cuatro elementos. Al proyectar su doctrina sobre el mundo moral, subordina a dos grandes principios: el amor y el odio, todo el acontecer universal; fuerzas de atracción y repulsión alternan en el Universo. Con tal concepto se anticipa, a juicio nuestro, a alguna de las afirmaciones más discutidas hoy del sabio profesor Sigmund Freud, fundador del Psicoanálisis.

Heráclito (490 ó 500 A. C.), de Efeso es el filósofo de la relatividad y el cambio. Según él nada permanece igual. «Estoy en la orilla del río mojando mis pies en la corriente, pero nunca sumerjo dos veces mis dedos en el mismo río» (1). La diferencia y la multiplicidad son lo esencial en la naturaleza. Si lo Múltiple desapareciera, lo Uno también dejaría de ser porque la Unidad no es sino la actividad evidenciada en la

(1) «Iniciación a la Filosofía».— A. E. Baker.

cambiante variedad de lo Múltiple. Cree Heráclito que el fuego es el principio (archo) de todas las cosas y que el Universo es un proceso de permanente hacerse y deshacerse como la llama y la combustión. La oposición y la lucha dominan en el mundo; pero toda oposición se resuelve a su vez en una armónica unidad. Es por consiguiente Heráclito el padre de la filosofía dialéctica siguiendo una línea que pasa por los sofistas y culmina en Hegel y Marx. De él tomó Hipócrates, como se verá más adelante los principales elementos de su filosofía biológica.

Demócrito (460-360 A. C.). es el precursor de la teoría mecanicista del Universo. Concibió el átomo y el perenne movimiento de los átomos como esencia y fundamento de todo lo creado. Sus doctrinas desembocan en un materialismo implacable que él llevó aún hasta los fenómenos morales: los sentimientos y pasiones estarían en relación con la diversidad de movimientos, combinaciones y formas de los átomos. En su época fué considerado como un loco y se cuenta que Hipócrates curó su locura. Se conserva una carta escrita por aquél a éste, en uno de cuyos párrafos estampa lo siguiente: «Yo escribía entonces sobre el orden del Universo, sobre la dirección de los polos terrestres y sobre el curso de los astros. Bien pudiste entonces que los verdaderamente locos eran los que a mí me tenían por tal» (1). El determinismo y el materialismo de Demócrito tienen sus huellas bien visibles en el naturalismo hipocrático.

También, aunque en mucho menor escala, se puede encontrar en Hipócrates la influencia de otros dos filósofos y fisiólogos de aquel tiempo: Parménides de Elea (450 A. C.) y Alcmeón de Crotona (500 A. C.). Ellos difundieron, cada uno separadamente la afirmación de que el cuerpo humano es un complejo regido por dos antípodas: frío y calor, sequedad y hume-

(1) Hay una hermosa tela del pintor Jacobo Backer, representando a Hipócrates en una de sus visitas al viejo maestro alucinado.

dad. La salud traduce el equilibrio de estos antagonismos; pero apenas uno de ellos adquiere preeminencia, entonces se constituye la enfermedad.

Algunos historiadores han opinado que en el hipocratismo es fácil también hallar rastros de la filosofía de Thales de Mileto, el precursor genial que, entre otras cosas sorprendentes, afirmó que el origen y base de la vida era el agua.

De lo expuesto se deduce que la filosofía griega tuvo una influencia notable sobre la Medicina, que en las manos de Hipócrates adquiriría rango y carácter de ciencia. Porque la filosofía en Grecia, por primera vez, aspira a reunir y sintetizar todos los conocimientos. Aristóteles, cuando habla de los filósofos de Jonia los llama «físicos», pues ellos trataron de explicar las cosas visibles antes que nada y de allí resulta su influencia sobre la Medicina. El nombre de «físicos» que con tanta justicia les fué adjudicado, ha sido posteriormente recogido como herencia por los médicos. Hay países, principalmente los anglo-sajones, en que aun hoy los médicos son llamados físicos.

En cuanto a la influencia de las corrientes médicas de aquel tiempo que tuvieron alguna repercusión sobre el hipocratismo, Diepgen señala tres: la de la escuela médica de Cnidos, la de Cos y la de Sicilia (1).

Los médicos de Cnidos (Euryfon, Ctesias, etc.) se orientaban principalmente hacia la búsqueda de la localización de la enfermedad y a la descripción del síntoma. Con ello hicieron progresar enormemente la Semiología.

Los de Cos, escuela a la cual pertenece el propio Hipócrates, miran más al estado general del enfermo, a la evolución de la enfermedad y a su pronóstico.

La escuela de Sicilia, finalmente, que estuvo íntimamente relacionada con Empédocles y a la que pertenecieron Pausanias y Agrón, concedía gran importancia al «pneuma» como

(1) «Historia de la medicina». Tomo I. Paul Diepgen.

principio vital y como causa de enfermedad por perturbaciones en sus movimientos.

Este es el campo médico-filosófico en que surge la gran figura del hombre a quien Apolonio llamara «El Divino» y Aristóteles denominara «el Grande».

Era en el tiempo de los dioses antropomorfos y de los hombres con formas de dioses; la época florida en que, como ha escrito Rodó, la civilización dió la más pura de sus sonrisas. Era el tiempo de la Hélade inmortal, cuando la belleza plástica alcanzó sus formas más perfectas y el pensamiento filosófico y científico su más acabada ecuación.

La democracia ateniense era regida por Pericles, el gobernante que ha dado un nombre a su siglo. Los Gimnasios recogían en sus pistas a una juventud delirante de salud y ebria de belleza física y toda la cultura del mundo, desde siglos en que la memoria parecía perderse, se recogía y arquitecturaba para dar su mejor latido en la península sagrada. Bajo el sol mediterráneo, el mármol desnudo revelaba el secreto de su belleza en las manos prodigiosas de Fidias y Polignoto. A la sombra del Partenón, Sócrates dictaba sus sentencias o Gorgias asombraba a sus oyentes con sus paradojas geniales. En los inmensos anfiteatros, refulgentes en el aire diáfano, las tragedias de Esquilo, de Eurípides y Sófocles estremecían el alma de las muchedumbres y allá lejos, bajo la sombra de los olivos de Jonia, frente a la mirada azul del mar Egeo, Píndaro escribía sus dulces canciones, Thales enseñaba su sabiduría y Aristófanes encendía la gracia picaresca de sus sátiras. La Historia adquiría categoría y Tucídides y Heródoto imprimían en ella una severidad científica y un profundo sentido realista y humano.

En los Gimnasios florecía una Medicina de base empírica y que llevó a una gran perfección el arte de la cirugía. Sus ofi- ciantes eran llamados «Maestros de la palestra» y eran exper-

tísimos en la reducción de luxaciones, corrección de fracturas, masajes de articulaciones y tendones.

En las Academias platicaban los filósofos con sus discípulos. Y en plazas y cruceros, los ciudadanos se congregaban para escuchar las últimas disposiciones del gobernante o las noticias llegadas con los mensajeros venidos de los lejanos frentes de batalla.

* * *

Hipócrates, al decir de su biógrafo Sorano, nació en la isla de Cos, durante la época de la VIII Olimpiada, el año 460 A. C. y pertenecía a una familia con veinte generaciones de Asklepiades, es decir de médicos. (Asklepios en griego Esculapio). Era hijo de Herakleido y de Fenavita o Praxitea. Comenzó su educación médica junto a su padre y la filosofía la aprendió con Demócrito y con Gorgias el sofista.

Los diversos historiadores que se han ocupado de él, concuerdan en que durante su vida viajó incesantemente al través de la península y de las islas; así ha podido establecerse que estuvo en Pasos, en Tesalia, en Beocia, en Fócida, en Perinto, Larisa, en Tracia y Macedonia y hay quienes suponen que fué a Libia, Damasco y Egipto, país este último en donde habría recibido los misterios de la Iniciación, que también posteriormente le fueron otorgados en Atenas. Fué uno de esos médicos llamados «periodentes» que recorrían todos los lugares, prestando sus servicios y enseñando su arte en una y otra comarca. En la mayoría de los sitios que visitó fué aclamado por las poblaciones y en varios de ellos fué coronado de oro y laurel. Siendo todavía muy joven pudo pronosticar una peste que azotaría su patria, proveniente de la Iliria. Según Tesalo, el presagio habríalo hecho basado en la dirección de los vientos. Para combatir esta misma peste, hizo en Atenas, encender grandes hogueras en las plazas, en las cuales ordenó arrojar

todas las ropas y útiles de los enfermos. Fué éste uno de sus primeros éxitos públicos.

El eco de su fama alcanzó hasta la corte de Persia, desde la cual el rico rey Artajerjes lo envió a invitar con mensajeros cargados de presentes. Hipócrates rechazó la invitación, aduciendo que sus servicios eran también necesarios a su patria.

Fué casado y tuvo varios hijos. Murió a una edad que no ha sido bien determinada y que para algunos sobrepasa la centena, mientras que para otros sólo fué de ochenta años. En todo caso, se sabe que su vida fué larga y fecunda en toda clase de buenas acciones: el busto en mármol que de él se conserva y que podemos admirar en el «British Museum», nos muestra un anciano de amplia frente y hermoso perfil, armoniosos rasgos y barba florida. Así mismo lo presenta el bajo-relieve en mármol conservado en el Museo de Atenas. Su muerte aconteció en Girona y fué sepultado entre esta ciudad y Larisa.

La leyenda y el mito se apoderaron de su memoria apenas hubo muerto: circuló durante muchos años la hermosa fábula de que en las plantas que crecieron sobre su tumba, libaban grandes abejas de oro, cuya miel, más dulce que la del Hime-to, curaba milagrosamente toda suerte de males.

El principal continuador de su obra fué su yerno Polibio, de quien Galeno hace en sus obras reiterados elogios.

En sus continuos viajes, en su trato con los filósofos y maestros como Demócrito, a quien admiraba sinceramente y, en fin, en su trato diario con los enfermos, adquirió Hipócrates tal suma de conocimientos que pudo realizarse en él la síntesis de que hablábamos al comienzo. La escuela de Cos alcanzó en su época su más deslumbrante fulgor y la obra escrita que él nos ha legado con el nombre genérico de «Colección hipocrática» es una de las más vastas, originales y profundas que jamás cerebro humano haya producido.

Como ha escrito muy certeramente Kuon Cabello (1), Hipócrates dió un contenido objetivo a la ciencia médica, ciñéndola a objetivos reales. «Inspirando su doctrina en varias fuentes, tuvo la primera intuición acerca de las leyes de la circulación de la materia y sobre la unidad vital; sobre la conformación del organismo y las relaciones matemáticas entre sus elementos constructivos que confieren forma a los aparatos y sistemas, que dan base a la salud y a la belleza y son la fuente de posibilidades morbosas. En la promiscuidad de las sentencias hipocráticas, se descubre la tendencia a liberarse de la filosofía especulativa y la inclinación al empirismo experimental sereno y cauto que intuye las leyes de la organización, y que encuentra en el método matemático de Pitágoras su interpretación. «Todas las cosas, todas las enfermedades se producen obedeciendo a causas y leyes naturales», decía Hipócrates.

El ha sido, de todos los hombres de la antigüedad el que mejor aplicó al estudio de la naturaleza los conocimientos de la Filosofía y puen introdujo en la especulación abstracta de filósofos a lo Parménides, los principios fundamentales del método experimental, o mejor dicho de la observación de la Naturaleza. Observador sagaz, él creó una síntesis que puede concretarse en lo que se ha llamado «naturismo» o «humoralismo» hipocrático. Al aplicar a la Medicina la concepción de los cuatro elementos propugnados por los filósofos (2) él definió en el organismo cuatro humores: linfa, sangre, bilis y atrabilis; y sobre ésta cuádruple ecuación trazó el esquema de los temperamentos.

La crítica histórica, al someter a revisión la «Colección hipocrática» o «Corpus Hipocraticum», ha podido establecer,

(1) «Evolution histórica de la bio-tipología humana». Dr. Domingo G. Kuon Cabello.—«La crónica médica». Año 55, N.º 897. Lima, Perú.

(2) Esta concepción fué sin duda tomada por los griegos de los Vedas.

como lo veremos más adelante, que no todo su contenido pertenece propiamente al Padre de la Medicina, sino que también hay dentro de él, labor de compilación y ordenación de trabajos de otros y aun obras propiamente tales, escritas por sus discípulos o por médicos contemporáneos suyos.

Pero, esto no resta en ningún caso méritos a tan alto monumento de sabiduría ya que los libros que fuera del alcance de toda duda o sospecha le pertenecen, bastan para sostener su fama y contienen todas las extraordinarias cualidades que le fueron características.

Este mismo hecho revela que Hipócrates no sólo fué el clínico más sagaz de su tiempo y el maestro más elocuente de su generación, sino que también merece ser considerado como el primer historiador de la Medicina, pues reunió y examinó con criterio científico todas las doctrinas médicas desde la más remota antigüedad hasta sus días.

Así ha podido decir de él Galeno que: «fué el admirable inventor de todo lo que es bello» y Alejandro de Tralles llamarlo el «sabio anciano y divino». Haviland, citado por Littré dice textualmente: «Hipócrates fué un observador muy personal que en sus obras da cuenta de sus experiencias sin hacer mucha teoría; al estudiarlas se comprende que él ha visto hace dos mil años lo que nosotros estamos viendo y haciendo hoy».

En sus «Sistemas Filosóficos», afirma de Gerando, que, «en todas las ramas de la ciencia médica, Hipócrates encarna el más alto ejemplo del método con el cual se puede hacerlas progresar y como filósofo es el que siempre estudia y vuelve sus ojos a la Naturaleza».

El «Corpus Hipocraticum» consta de 60 libros entre los cuales son los más importantes los siguientes: Del Médico. De la Salud, Los Preceptos, De la Anatomía. De la Naturaleza de los buenos. De los humores. De la crisis. De los días críticos. Del uso de los líquidos. Del feto de siete meses. De la dentición. De la dieta. Del pronóstico. De las pre-nociones de Cos.

De las previsiones (2 tomos). De los aforismos. De la Oficina Médica. De las epidemias. De los aires, las aguas y los lugares. De las heridas y úlceras. De los hemorroides. De las fístulas. De las heridas de la cabeza. De las fracturas. De la reducción de las luxaciones.

Los libros que hemos mencionado son aquellos de cuya autenticidad hipocrática no se duda. Lo mismo puede decirse de sus obras concernientes a la Etica, entre las cuales: La Ley, el Juramento, el Discurso sobre la Enfermedad Sagrada, etc. son al decir de Garrison (1) trozos del más depurado estilo literario y en los que el lenguaje griego ha alcanzado sus formas más elevadas. Hipócrates escribió en lengua jónica antigua y con la perfección de un artista.

Hay algunos libros que parecen influenciados por la Escuela de los Sofistas o bien pertenecer a dicha Escuela y haber sido sólo compilados por Hipócrates; tales el de la Alimentación, de los Sueños, de la Naturaleza del Hombre, de la Dieta Salubre y el más famoso de todos ellos, el Libro de los Vientos. Hay otros todavía que parecen pertenecer a la Escuela de Cnido, por la índole de sus doctrinas y son: el de Las Enfermedades, el de Las Afecciones y el de La Visión.

Su Discurso «Sobre el Arte» es considerado por ciertos historiadores como perteneciente a la Escuela Yetro-sofista. Y hay algunos volúmenes como el de la Medicina Antigua, que ha sido considerado como de origen Egipcio.

Sobre los 60 tomos de la colección hipocrática, Grüner le atribuye 10, Von Heller 11, Littré 12 y Dahremberg sólo 2.

La primera compilación de la obra de Hipócrates fué hecha de orden de Ptolomeo, en el siglo III A. C. por los egipcios, para la biblioteca de Alejandría y están escritos en Jonio.

En 1525 Fabius Calvus, bajo los auspicios del Papa Cle-

(1) «Historia de la Medicina». Tomo I.—Garrison.

mente VII, publica la primera versión latina de la obra hipocrática completa.

Al año siguiente Altus en Venecia confecciona una edición príncipe del texto griego y en 1538 aparece la Opera Omnia editada por Janus Cornerius en Basilea y editada por Frobenius.

Ese mismo año la Casa Giunta de Venecia imprime el texto griego y la traducción latina de Geronimus Mercuriales.

Anutius Foecius publica en 1595 una de las más valiosas traducciones con agudos comentarios, en Franckfort.

Correspondió al gran humanista francés Emilio Littré en París (1831-1861) editar magníficamente y en diez volúmenes el texto griego con la traducción francesa, agregando una introducción biográfica e introducciones especiales para cada tratado.

El genio multiforme de François Rabelais editó los «Aforismos» en Lyon, en 1532 y textos paralelos en griego y latín fueron publicados por J. A. van den Linden en Leyden en 1665 y C. G. Kuhn en Leipzig en 1825.

El erudito escocés Francis Adams hizo la primera traducción al inglés en 1849 (Londres).

Una de las obras más conocidas y más valiosas es la de Charles Dahremberg (Oeuvres Choiesies, París 1834) y la traducción al alemán de R. Fuche (Münich 1895) J. E. Petrekin en Francia y Teodoro Beck en Alemania han hecho también importantes compilaciones y comentarios de la obra hipocrática.

La doctrina hipocrática se basa fundamentalmente en el principio de ayudar a la naturaleza, en sostener al enfermo para que él mismo se defienda y limitar la terapéutica a las cosas más sencillas

Hipócrates establece la concepción biológica de la enfermedad y libera a la patología de todo prejuicio teológico, escolástico o especulativo,

De allí que apoye su diagnóstico principalmente en la observación cuidadosa del enfermo, tratando de descubrir en cada uno y todos de los síntomas y signos el Pronóstico del caso.

Da una gran importancia al terreno.

Según C. G. Cumston, (1) sus principios fundamentales serían siete, que nosotros resumiremos en los términos más precisos concretos:

1) La naturaleza es un principio simple en su esencia pero múltiple en sus efectos. Ella sabe lo que es útil y lo que es perjudicial a la vida. Según los casos, la naturaleza crea, conserva o refacciona.

2) En el hombre la naturaleza se expresa por crisis y síntomas.

3) Hay elementos que ayudan a la naturaleza en los seres pensantes y razonantes como el hombre.

4) Nada puede hacerse sin la naturaleza: durante la salud ella forma y conserva; durante la enfermedad ella deviene en poder curativo.

5) Los temperamentos y las edades hacen que no haya reglas absolutas en Medicina, quedando la terapéutica subordinada a dichos elementos.

6) La enfermedad es un combate entre los agentes mórbidos y la naturaleza que tiende siempre a la curación.

7) El objetivo supremo de la naturaleza que ha formado al hombre es el de conservarlo y colocarlo en estado de que perfeccione su espíritu.

Se comprende que su doctrina de la «cocción» deriva de estos principios, pues es mediante ella que el organismo lograría rechazar a los agentes mórbidos introducidos desde afuera en el organismo.

Su teoría de las crisis y de los días críticos no es sino su

(1) «Histoire de la Médecine»,—C. G. Cumston.

aplicación de las doctrinas pitagóricas a este naturismo primordial, según ya lo expresamos.

El hecho fundamental, la parte medular de todo el saber hipocrático está en haber reconocido la existencia de una fuerza que forma, conserva y cura, por una especie de determinismo inteligente. Y en eso vemos el rastro del mecanismo de Demócrito, el gran filósofo precursor de Descartes.

Es cosa curiosa de observar que en aquel tiempo y sobre todo de acuerdo con la Escuela Hipocrática, interesaba mucho más el Pronóstico que el Diagnóstico de la enfermedad. Y como veremos más adelante al tratar de la ética de esta Escuela, éste tenía tanta trascendencia porque al enfermo que se consideraba incurable se le suspendía todo tratamiento.

La fisiología hipocrática descansaba sobre los cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego, a los cuales correspondían cuatro cualidades; frío, caliente, seco y húmedo.

En el organismo humano hay partes húmedas y sólidas unidas por el Fuego. El principio vital reside en el calor y, parte desde el corazón y la sangre que confluye en el hígado es llevada al corazón con el objeto de mantener inextinguible este calor.

Considera al cerebro como el centro del pensamiento y de la sensación. Su anatomía no era muy rica y descansaba en experiencias casi siempre hechas en animales.

La fecundación resultaría de la mezcla del semen masculino con el femenino, en el útero materno que sería siempre bilocular, generándose un macho cuando la fecundación se efectúa a nivel del útero derecho y una hembra cuando en el izquierdo. De acuerdo con esta concepción, para Hipócrates, la mitad derecha del cuerpo sería viril y la izquierda femenina (1), observación que la Endocrinología moderna tiende a con-

(1) «Aforismos». Hipócrates. V. 38 y V. 48.—«Aires. Aguas y Lugares», 17.

El equilibrio armónico de los humores constituye la «crisis». En una enfermedad aguda, veamos cómo la naturaleza hace su defensa: en su primer estado o estado de «crudo», (apepsis) la naturaleza hace actuar el calor hasta llevar la enfermedad al estado de «cocido» (pepsis); entonces los fenómenos morbosos producen una «crisis» con eliminación de esos agentes, aumentan las secreciones, etc. (1)

En la fijación de los plazos de «crisis», Pitágoras aparece evidente en su enorme influencia; los números favorecidos son los grandes números del pitagorismo: tres, siete, etc. y sus múltiplos.

Los temperamentos derivan del predominio de cada uno de los cuatro humores: recuérdese que la bilis amarilla se llama «cólera», la bilis negra, «melancolía», la flegma, «pituita», moco o «linfa», y la sangre, finalmente, con su mismo nombre actual. Allí están entonces los cuatro grandes esquemas temperamentales, los mismos que Pavlov ha encontrado en los perros al estudiar en ellos los «reflejos condicionados» (2).

Casi todas las enfermedades conocidas están descritas en el Cuerpo Hipocrático y algunas que han podido ser identificadas con las enfermedades actuales.

Las descripciones de algunas de ellas son tan precisas y exactas que podrían superponerse sobre cualquier historial clínico de nuestros hospitales.

La pleuresía, la pneumonía, la frenitis y el causus o fiebre ardiente son entre las enfermedades agudas las mejores descritas.

El empiema con su correspondiente operación aparece allí perfectamente tratado.

Las fiebres, en toda la medicina griega y mediterránea en general, juegan un gran papel, habiéndose desde antaño seña-

(1) Recuérdese la «pireto-terapia» actual.

(2) Estudio de W. Drabovitch.

lado las formas cotidiana, terciana, cuartana, etc. de las fiebres palúdicas.

Entre las enfermedades crónicas la tuberculosis pulmonar es una verdadera maravilla como descripción clínica, señalándose también la tuberculosis ósea, vertebral, la coxalgia, etc.

Todas estas descripciones están sembradas de agudísimas observaciones, como por ejemplo ésta: «Muy a menudo los enfermos que tienen la tuberculosis cervical, tienen también en el pulmón tubérculos duros y crudos», o esta otra: «Muchos enfermos con jibosidades presentan abscesos en la región lumbar y en las ingles».

Las inflamaciones agudas de la garganta con el tubaje intra-traqueal para los casos de asfixia inminente, son también mencionados

El tétanos, como complicación de las heridas con el trismus, el opistótonos y el emprostótonos, nombres y síntomas que figuran hasta hoy.

La histeria en relación con las enfermedades uterinas, las neurosis, las afecciones mentales, etc. son tratadas en detalle.

Un libro especial está dedicado a la epilepsia o «enfermedad sagrada», a la cual Hipócrates quita todo carácter fantástico y la localiza en el cerebro: «Órgano de la inteligencia y la razón».

Las enfermedades del hígado, especialmente la ictericia y las del bazo, que parecen haber sido muy frecuentes y conocidas, debido al gran porcentaje de palúdicos que había en toda la cuenca del Mediterráneo.

Especial mención se hace de las enfermedades de la vejiga y del riñón, el famoso «Mal de la piedra», que se diagnosticaba y se trataba casi con tanta eficacia como ahora.

La gota, la artritis, el cáncer del seno y del útero, la eripela, que según se decía se originaba en pequeñas lesiones o en las más insignificantes heridas.

Las enfermedades de la piel están casi todas mencionadas,

desde la lepra hasta el ántrax, pasando por los líquenes, prúrigos, etc.

La conjuntivitis y blefaritis eran muy comunes en ese tiempo; los pólipos de la nariz que se operaban casi igual que hoy; las parotiditis, etc.

Entre las afecciones quirúrgicas, las fracturas y luxaciones de los miembros se trataba con inmovilización, extensión, contraextensión y colocación de aparatos adecuados.

En la curación de las heridas ya Hipócrates recomendaba la curación seca y en los traumatismos del cráneo se hacía corrientemente la trepanación.

Las hemorroides y las fístulas del ano eran cauterizadas. La hernia se operaba, excepto cuando sobrevenía la estrangulación y aparecían vómitos fecaloides, caso en el cual se consideraba mortal, al igual que el vólvulus o el íleus.

La obstetricia era practicada por comadronas, pero la ciencia obstétrica aparece perfectamente desarrollada en estos libros, lo mismo la ginecología, en la cual se practica el tacto vaginal y las curaciones en el útero, etc. Como conceptos clínicos generales, Hipócrates insistía en las predisposiciones particulares del enfermo, es decir, en el terreno y en la observación minuciosa y constante de los síntomas.

En muchas ocasiones su semiología se basaba también en el estado general del paciente; otras veces en minuciosos detalles que él ha descrito con el arte de un pintor. Recordemos la «Fascies Hipocrática», cuya insuperable descripción no ha podido hasta ahora ser tocada.

Otras veces basaba sus diagnósticos sobre la Anatomía.

El pronóstico lo establecía o lo basaba sobre el estado de tranquilidad del enfermo, sus fuerzas, la coloración de los elementos, la temperatura, el estado nutritivo y la aptitud al sueño, atribuyendo también mucha importancia al examen de las secreciones.

De todo lo dicho anteriormente se desprende que lo que

hoy se llama la Patología Constitucional, no es sino un retorno al hipocratismo, perfeccionado, naturalmente, por los adelantos de la técnica. Las escuelas que hoy estudian los tipos humanos en sus diversos aspectos reproducen en sus esquemas básicos los cuatro «temperamentos» de Hipócrates. Así la escuela italiana o morfológica con De Giovanni, Viola y Pende; así la escuela anatomo-antropométrica con Benecke; así la fisiología con Kraus; así la neuro-vegetativa con Eppinger y Hess; así la de Sigaud y Bauer con sus cuatro tipos: digestivo, muscular, respiratorio y nervioso; así, en fin, las escuelas de Kretschmer, Bruhs, Freund, Krehl, etc.

Aun los tipos psicológicos pueden relacionarse con los esquemas temperamentales (1) y desde otro punto de vista, Hipócrates puede considerarse un precursor del psicoanálisis. Hipócrates aplicó en muchos casos métodos psicoterápicos al tratamiento de los enfermos. Recordemos el siguiente caso contado por su biógrafo Sorano y citado por Antonio Zozaya en el prólogo de «Aforismos» (2): «Siendo muy joven todavía, visitó Hipócrates la corte de Perdica II, rey de Macedonia. El rey padecía una fiebre lenta y pertinaz que no cedía a ninguno de los remedios propuestos por su médico Eurifón. El joven médico griego, después de observar durante algunos días la vida de la Corte, se dió cuenta de que la dolencia del monarca se agravaba cada vez que cierta dama de las que rodeaban al soberano, se acercaba a él. Esta dama, llamada Zila, ocasionaba con su sola presencia alteraciones del pulso, la temperatura, rubor, palpitations, insomnios, etc.». Comprendió Hipócrates que aquella enfermedad estaba subordinada a la esfera moral o emotivo-afectiva y no necesitaba de drogas ni infusiones para curarla.

Hemos mencionado la moral en un sentido psicológico.

(1) «Tipos psicológicos».—C. G. Jung.

(2) «Aforismos de Hipócrates».—Edición española.

Hablemos ahora de la moral hipocrática en el sentido de Ética.

Dentro de la vasta construcción científica y filosófica que constituye el cuerpo de doctrinas hipocráticas, encontramos este nuevo elemento, hasta esa fecha no bien delimitado ni estructurado: nos referimos a la Moral Médica.

Hipócrates predica con fervor mesiánico y sentimiento apostólico su mensaje de abnegación, servicio y solidaridad con los hombres: «El amor a los hombres, a los enfermos, es el origen del verdadero amor al Arte, a la Medicina». El «Juramento» lo ha recogido la posteridad como una síntesis suprema del verdadero código del médico: «Juro por Apolo el Médico y por Esculapio y por Higeia y Panacea y por todos los dioses y diosas, poniéndolos de jueces, que este mi juramento será cumplido hasta donde tengo poder y discernimiento. A aquél quien me enseñó este Arte, le estimaré lo mismo que a mis padres, él participará de mi mantenimiento, y si lo desea participará de mis bienes. Consideraré a su descendencia como a hermanos míos, enseñándoles este Arte sin cobrarles nada, si ellos quisieran aprenderlo. Instruiré por precepto, por discurso y en todas las otras formas, a mis hijos, a los hijos del que me enseñó a mí y a los discípulos unidos por juramento y estipulación, de acuerdo con la ley médica, y no a otras personas. Llevaré adelante este régimen, el cual, de acuerdo con mi poder y discernimiento, será en beneficio de los enfermos y los apartaré del prejuicio y del error. A nadie daré una droga mortal, aun cuando me sea solicitada, ni daré consejo con este fin. De la misma manera no daré a ninguna mujer supositorios destructores: mantendré mi arte y mi vida alejados de toda culpa. No operaré a nadie por cálculos (concreciones), dejando el camino a los que trabajan en esa práctica. A cualquier casa que entre, iré por el beneficio de los enfermos, absteniéndome de todo error voluntario y de corrupción y lascivia con las mujeres u hombres, sean ellos libres o esclavos. Guardaré silencio sobre todo aquello que en mi profesión o fuera de ella, oiga o

vea en la vida de los hombres y que no deba ser público, manteniendo estas cosas de manera que no se pueda hablar de ellas. Ahora, si cumplo este Juramento y no lo quebranto, que los frutos de la Vida y el Arte sean míos, que sea siempre honrado por todos los hombres y que lo contrario me ocurra si lo quebranto y soy perjuro».

Se ha emitido dudas acerca de la auténtica paternidad hipocrática del «Juramento», pero Littré ha agrupado poderosos y efectivos argumentos para establecer que la doctrina y el estilo corresponden, fuera de toda sospecha, a los del sabio maestro de Cos.

Pueden distinguirse dos partes en el «Juramento»: la primera es el juramento propiamente dicho que los médicos debían prestar para ingresar a los «misterios» o asociaciones; la segunda constituye un breve Código de moral médica.

Hipócrates ha enfocado, en las breves palabras de su discurso, los más graves problemas de la práctica médica: el secreto profesional, la Eutanasia, las Especialidades o especializaciones médicas, el Aborto criminal, la lealtad al maestro, la pureza espiritual y material del médico en sus relaciones con el cliente, etc.

En su libro «Del Arte», él afianza el concepto de la Medicina como Ciencia y como Arte a la vez. El médico debe poseer una disposición natural de su espíritu, una especie de vocación, como fundamento para abrazar su carrera. Después irá adquiriendo la Ciencia, por el aprendizaje en un medio adecuado. Y esa instrucción comenzada desde la infancia, se perfeccionará por «el amor al trabajo y por una larga aplicación». Y agrega esta frase sugestiva, cuyo texto deja entrever algo de su vasta sabiduría en otras cosas de las cuales no hablaba: «Las cosas sagradas son sólo reveladas a los hombres sagrados y permanecen ocultas para los profanos, hasta que ellos sean iniciados en los misterios de la Ciencia».

Se ha supuesto por algunos que el Juramento deriva de

los ritos de los pitagóricos; otros piensan que de los de la secta secreta de los Orficos. Sea como fuere, el Juramento demuestra que en aquel tiempo existió ya una práctica médica que pudiéramos llamar civil, con una firme y elevada moral propia, independiente de la de los sacerdotes. Es el primer documento de una Medicina laica, emancipada de la de los Templos de Esculapio.

En el libro «Del Médico», formula Hipócrates una serie de consideraciones acerca de la forma como el médico debe presentarse y actuar en el medio familiar y social, sin descuidar de referirse ni a su aspecto físico (aseo, buena presencia, aspecto saludable, etc.) ni a su aspecto moral, (hábitos y costumbres, correcta organización de la familia, etc.). Dedicó un largo capítulo a la descripción del «Yatreion» o gabinete de consulta y a los instrumentos.

En sus libros: «De la Ley», «Del Arte» y «De la Medicina Antigua», que se supone sean inspirados por los Sofistas, formula el sabio una auténtica profesión de fe de la más alta filosofía y de la más elevada medicina: estas dos ciencias son, según él, inseparables y se interpenetran e intrerrelacionan en múltiples aspectos y contactos. Afirma allí que el médico está constantemente sujeto a errores y que la verdad absoluta es muy difícil de alcanzar. La mayor parte de los médicos son, a juicio suyo, como timoneles que navegando en mar tranquila, pueden gobernar fácilmente su embarcación; pero, si la tempestad estalla, entonces se ve claramente que el navío está en duro trance, todos se aperciben de la fragilidad de sus conocimientos, la inexperiencia queda de manifiesto y el castigo no se hará esperar.

En otra parte, traza una verdadera apología del método experimental: «Para el Arte Médico se ha encontrado el principio y el método según los cuales los numerosos descubrimientos que han sido verificados desde largo tiempo, deben servir de base a las investigaciones que habrá que hacer toda-

vía». Si bien es cierto que él no realizó ciencia experimental en la magna escala que su genio pudo permitírsele, ello se debió principalmente a que en esa época todavía no existía el concepto de «experimento». Pero en cambio, ese déficit lo compensó Hipócrates largamente con la observación minuciosa y fecunda de los seres, las cosas y los fenómenos.

En el libro «Los Preceptos» hay trozos que por su belleza diáfana y serena son reproducidos en casi todos los tratados de Historia de la Medicina. Así por ejemplo, éste que dice: «El médico que al mismo tiempo que médico es filósofo, es semejante a los dioses. No hay gran diferencia entre Medicina y Filosofía, pues todas las cualidades del buen filósofo deben encontrarse en el médico: desinterés, pudor, celo, dignidad, seriedad, tranquilidad en el juicio, decisión, serenidad, pureza en su vida, hábito de expresar claramente sus sentencias, conocimiento de todo lo que es útil y necesario en la vida, repugnancia por todo lo que es malo, un alma limpia de sospechas y devoción por la Divinidad».

O este otro, que es un llamado a la camaradería y una invitación a la modestia: «Allí donde hay amor a la humanidad hay también amor a la Medicina. No hay ningún mal en el hecho de que un médico se encuentre en dificultades frente a un enfermo. Si su experiencia insuficiente no le permite ver claramente el camino, debe llamar a otros médicos en consulta, a fin de que un estudio en conjunto permita resolver el caso. Y los médicos que se encuentran así reunidos para examinar a un enfermo no deben jamás querellarse entre ellos, ni cubrirse recíprocamente de ridículo».

Ya en el texto mismo del «Juramento» hemos podido ver que los médicos formaban una asociación independiente, pero cerrada, en la cual la enseñanza se transmitía de padres a hijos o a los hijos de sus maestros. Todos los que deseaban incorporarse al Misterio de los Médicos debían someterse al Juramento. Las invocaciones en él contenidas, revelan en parte

el ritual de la secta, pero debemos hacer notar una vez más el carácter absolutamente laico del Juramento y de la corporación. Minuciosas investigaciones han permitido establecer las diferencias entre la Medicina y los Templos de Esculapio y la de los Asklepiades, a los cuales es indudable que perteneció Hipócrates, según el propio Platon lo asegura: los primeros curaban por sugestión, por interpretación de los sueños, por medio de plegarias y trances hipnóticos en el Templo, todo esto acompañado de una complicada liturgia, en la cual se incluían hasta representaciones teatrales; los segundos, por la observación clínica y los conocimientos naturistas empíricos transmitidos desde la antigüedad o adquiridos por los Asklepiades mismos.

Es curioso hacer notar cómo hay semejanza entre el Juramento Hipocrático, redactado por lo menos cinco siglos A. C. y la Declaración de Principios formulada recientemente por la «Confederación de Sindicatos Médicos de Francia» y que comienza así: «El honor profesional del médico consiste en responder enteramente a la confianza del enfermo, aun sacrificando su interés personal, y en inspirarse únicamente para sus consejos y sus actos en la salud de sus clientes. El médico, en la vida pública o privada, debe ser hombre honesto por excelencia; y por su conducta, sus palabras y por su manera de vivir, debe hacer respetar su honor y su dignidad, el honor y la dignidad del Cuerpo Médico».

Esto parecería demostrar que la fuente principal de toda inmoralidad médica radica en el individualismo ciego y despiadado de algunos de sus componentes; y que, cuando la unión se hace en grupos o colectividades, las leyes morales, las normas generosas y justas, de acción y de concepto, brotan espontáneamente iguales entre los discípulos de Asklepios como entre los confederados de un Sindicato Médico moderno.

Una de las columnas más firmes en que descansa la glo-

ria de Hipócrates la constituyen sus severos principios ético-filosóficos aplicados a la Medicina.

Las mutaciones bruscas o los lentos procesos evolutivos han pasado sobre este Código sin gran menoscabo de su perenne verdad: la mayoría de sus principios rigen hoy como ayer y como tal vez mañana.

Cierto es que algunos han sido sometidos a revisión: tal el de Secreto Profesional (1) que ha caído abatido por la Medicina Social y por la Higiene y la Medicina Preventiva. También ha cambiado el concepto hipocrático de que el enfermo incurable no debe ser atendido por el médico, dejándolo abandonado a su suerte (2). Pero la médula del Juramento subsiste y pervive como un faro de inextinguible luz.

CONCLUSION:

En resumen, puede decirse que los orígenes de la Medicina Hipocrática son filosófico-empíricos. Sus métodos de diagnóstico son sabiamente clínicos y humanos. Sus recursos terapéuticos, fundamentalmente naturistas. Su doctrina fisiopatológica, humoralista (3). Su ética laica y emancipada.

Dentro de una ecuación dialéctica, esta Medicina representa una «síntesis». Sus cualidades fundamentales son: la observación, el raciocinio, la honestidad y la medida (4).

(1) Véase «El secreto profesional», conferencia leída por el Dr. Juan Marín en la Reunión Anual de la Sociedad Médica de Chile en 1931. Publicada en «Revista Médica de Chile». Reproduc. en su libro *Poliedro médico*.

(2) Lo hacía para combatir el «charlatanismo» de los embaucadores que anunciaban curaciones milagrosas a estos pobres enfermos, prestos siempre a aceptar una esperanza, aunque absurda, de vida.

(3) Lo que hoy Schade ha llamado «Patología molecular».

(4) En agudo contraste con la Medicina que vino después de ella, y que con Galeno, representa la imaginación, la prisa, el afán de gloria, la teorización apriorística y la filosofía monoteísta, especulativa y estéril.